



CAPÍTULO IV

PROGRAMA ESCOLAR. EDUCACIÓN FÍSICA. ATENCIÓN MÉDICA

Examen médico previo al ingreso escolar, a efecto de aislar a los niños enfermos y, si es posible, curarlos. Hasta donde lo permitan las posibilidades económicas, los niños de herencia tuberculosa o sifilítica se educarán en establecimientos especiales, mezcla de sanatorio y escuela. Los mejores que conozco son los que funcionaban en Viena, bajo los socialistas. En los centros de población que disponen de recursos se hará también la separación de los anormales. Para la atención de los sobrenormales o singularmente despiertos bastará con la flexibilidad en la promoción de los grados. Para la curación de enfermedades contagiosas de la piel suelen servir los dispensarios escolares. El régimen de éstos debe ser primordial de atención de los enfermos y curación. Sólo secundariamente, y después de atender los casos, se permitirá que el personal médico se dedique a tareas de investigación y de estadística. En el sistema curativo mismo, la autoridad escolar intervendrá para evitar el abuso de la terapéutica que tiende a curar con drogas situaciones que más bien requieren de alimentos. En mi experiencia de México se vio la ventaja de distraer hacia el comedor escolar buena parte de los fondos gastados en médicos que rinden informes o recetan medicinas. En un gran número de casos, el comedor hizo innecesaria la actividad médica profesional. La escuela pública, para la cual escribimos, no deberá, por lo mismo, desperdiciar mucha energía ni gasto en

rado para los días de lluvia y de espacios abiertos para el tiempo claro.

El gimnasio debe tomarse como una preparación para el deporte. Cada escuela ha de disponer de un campo deportivo, además del gimnasio. En el deporte, aparte del juego saludable al aire libre, ha de buscarse la educación moral que se deriva del trabajo desinteresado en compañía, el *team-work* de que hablan los yanquis, y el espíritu de sacrificio en el triunfo; la lealtad para perder de que nos hablan los especialistas, y también la vieja lección de los griegos, el disfrute de belleza que hay en el atletismo. Además, la virtud cristiana que busca vencer con el deporte la sensualidad.

Cuando se llega al júbilo del torneo atlético, el educador puede decir que ha logrado hacer hablar su pleno lenguaje al cuerpo desde el servicio modesto de la fisiología a través de los menesteres del trabajo material y hasta el inútil magnífico esplendor del ejercicio cuya meta es la alegría del espíritu. Y la educación física ha completado entonces su ciclo.

Para la exhibición de esta victoria se dota a las escuelas, siempre que es posible, de un estadio anexo al baño y al campo deportivo y gimnasios; en él se pasa de la higiene a la estética. Al hablar de la educación estética veremos cómo enlaza en el estadio la plática con la música por medio de la danza. Y cómo la danza constituye la plenitud de la enseñanza física, al mismo tiempo que una de las rutas del conocimiento estético. ¡El camino que sigue el cuerpo para llegar, entero y luminoso, al espíritu! Especialmente en la mujer, es este un camino obligado. El hombre puede quedarse en la fuerza generosamente concertada de un buen deporte; la mujer ha de saltar, por encima del deporte violento, a su reino natural, que es el baile.

El trabajo. El instinto predatorio de la amiba, metodizado; la caza y la pesca elevadas a la categoría de la industria, he ahí la posición del trabajo en el concierto de las actividades humanas. Y como ninguna función orgánica tiene la exigencia del hambre, que nos llama a diario a comer, y como no hay en la creación organismo más desamparado que el nuestro, necesitado de abri-

go y cuidados, resulta que, por antonomasia, trabajo y acción humana son idénticos. Lo que no obsta para que trabajo y actividad libre y gozosa del espíritu se excluyan. Entramos, pues, al taller como quien paga un tributo, como quien expía una culpa, y no como quien va a buscar allí dentro un ideal. Otra cosa es que hagamos de nuestra estancia en el taller un ejercicio sincero y eficaz. El trabajo lo hace, incluso con alegría, el alma que ha conquistado el dominio; pero lo que no será perdonable es pretender encontrar en el taller un arquetipo de la actividad, ni en el trabajo un fin, una justificación de la vida.

Nunca un fin y sí el más puro, indispensable y eficaz de los medios. Reconociéndolo de esta forma, lograremos quitar al taller el carácter de ergástula para convertirlo en ejercicio de superación. El trabajo como medio de satisfacer nuestras necesidades corpóreas, como recurso de afianzamiento del bienestar de todos los hombres y libre de la maldición que consiste en sudar para el medro del privilegio, para perpetuación de la injusticia. En estas condiciones de espíritu entrará el alumno libre al taller escolar, que es anticipación de la usina; a la granja escolar, que es reducción de la faena agrícola. La preocupación que inspira a los maestros de tales disciplinas es familiarizar a la masa de nuestra población con el uso de los instrumentos modernos de trabajo, la máquina en todas sus aplicaciones eficaces para nuestra economía. Nuestro medio no está, como el norteamericano, saturado de maquinismo, sino todavía, como el egipcio, urgido de adoptar el motor y la bomba de riego en reemplazo del músculo humano. En general, nuestra escuela debe procurar la orientación del alumno a las labores modernas del campo. El proceso de descongestionamiento de los centros urbanos, que corresponde a la economía de nuestra época, se favorece de esta suerte desde el comienzo de la vocación escolar. El amor de la naturaleza se desarrolla asimismo concurrentemente. Esto no quiere decir que cada región descuide las ventajas de la industria de que vive. Según la economía de cada sitio, se crearán en la escuela talleres y se complementará, en todo caso, la enseñanza con visitas a fábricas y establecimientos industriales de interés. En las escuelas de niñas cambia, por

hombre el trabajo está auxiliado por una larga experiencia, que abrevia, facilita el esfuerzo y multiplica sus frutos. Desde el hacha de sílex hasta el motor de electricidad hay un camino que es el de la técnica, y para aprender esa técnica, llevada hasta el día, se acude a la escuela. La técnica se descompone en una infinidad de disciplinas, artificios, sistemas y ciencias. En rigor, la ciencia no es otra cosa que la teoría de la técnica, la manera más general de nuestras relaciones con el objeto. La ciencia experimental que domina nuestra época y que comienza con Galileo pudo en un principio imaginar que abarcaría todas las actividades humanas. Hoy sabe que no sabe sino lo que atañe al objeto. Acerca de nuestro destino ni una palabra sabe la ciencia. Su fin es enseñarnos a aprovechar el objeto, y fuera de esta acción práctica no tiene la ciencia derecho alguno sobre la sabiduría. Cuando quiso hacerse filósofa remató en el agnosticismo. Le alabaremos su prudencia, que reconoce sus límites, y haremos constar el camino paralelo que la razón, el órgano predilecto de la ciencia, siguió cuando Kant la lleva a las antinomias. Ni la experiencia ni el razonamiento lógico van a darnos entonces otra cosa que una maravillosa destreza para actuar sobre las cosas. Razonar es objetivar, diría más tarde Bergson, y entonces vemos cómo se estrecha el lazo que ata la técnica y el razonamiento, la experiencia y la lógica, disciplinas acomodadas al objeto. Para investigar la vida del espíritu ya empleará la escuela otras disciplinas más adecuadas; el sentido moral y el gusto estético obedecen ambos al *ordo amoris* que rige el espíritu. Por lo pronto, estamos en el capítulo de lo que hemos llamado la física del conocimiento. La materia que abarca este capítulo empieza con el salvaje que talla el bastón de sus cacerías y se cierra con la última aplicación de la termodinámica a la industria y con la última teoría matemática sobre la íntima naturaleza del átomo. Al lado de este vasto proceso técnico-científico hay otro que comienza cuando el salvaje reposa, imagina y dibuja la carrera del ciervo que ha perseguido en el día. Se inicia entonces un orden que remata en la Divina Comedia o en el Evangelio. Según ya se ha indicado, la escuela recoge este género inmaterial de conocimientos y lo desenvuelve dentro

del mismo programa del día escolar, pero según el orden que le es propio y con independencia estructural dentro del marco del programa. Señalamos la presencia de este orden no científico, al lado mismo de la enseñanza científica, tan sólo para precisar mejor el carácter objetivo y pragmático, y también intelectual y teórico, del grupo de conocimientos que se amparan bajo el régimen de la ciencia y sus métodos.

Dentro de la rama de la enseñanza objetiva es menester distinguir dos períodos de actividad que suponen dos métodos de adquisición de conocimiento y también de transmisión, o sea, de enseñanza. Mientras sólo se trata de cuestiones de técnica, bastará con ejercicios de adiestramiento. Dentro de la técnica estamos en el reino del *doing*, la región del hacer. Pero hay un instante delicado y fecundo en que la técnica vacila en busca de maneras nuevas de abordar sus problemas. Sobre el práctico, que repite el gesto del trabajo sin pensar en la relación sujeto-objeto que supone el trabajo, aparece el teórico, que investiga la ley del objeto y la ley del sujeto y la manera de sus conciliaciones y convergencias. Nace entonces la ciencia y, con ella, la necesidad de un nuevo método pedagógico. Ya no bastará el hacer, porque hace falta además el reflexionar. Y no será suficiente con el instinto que mueve el músculo, porque hacen falta los recursos de la razón inductiva y deductiva para investigar y para coordinar el contenido de la experiencia científica. Desde que el alumno deja el taller donde maneja el objeto y penetra en el aula donde va a reflexionar sobre el objeto, el método de la enseñanza debe transformarse. Ya no se buscará directamente el aprovechamiento del objeto, sino la introducción del plan del objeto en el plan de la inteligencia. Y la inteligencia posee leyes y modalidades diferentes de las leyes del objeto. Además, los propósitos del acto inteligente suelen demostrar un carácter desinteresado que no conoce la práctica. Y, al mismo tiempo, las leyes más fecundas de la práctica se derivan de esta actividad científica desinteresada y antipragmática. Para enseñar entonces la ciencia conviene, por lo mismo, un método a la vez práctico y teórico. Por ejemplo, en matemáticas, la exposición de la teoría será seguida de ejercicios en común y

también de memorización, que convierta en automatismo mental conocimientos elementales como la tabla de Pitágoras y los teoremas de Euclides. En seguida, para la enseñanza de las ciencias físicas se enterará el alumno de los medios de aplicación, de la teoría a la realidad, o, si se quiere, practicará sobre el objeto, haciéndose la ilusión de que descubre las leyes ya obvias –jueguito preferido de la escuela nueva– y de todas maneras se dará preferencia al trabajo del gabinete en física o al laboratorio en química. Pero sin prescindir de textos y lecciones que reafirmen la visión de conjunto de la materia estudiada. Es indispensable, desde luego, complementar los ejercicios prácticos con visitas a fábricas y plantas industriales, pero también hacen falta conferencias y academias donde se presente el panorama entero de la ciencia especial, su historia y sus relaciones con las ciencias afines. En general, se procurará que la práctica preceda a la teoría, puesto que este método beneficia a los temperamentos tardíos, que son el promedio, pero conviene que el maestro invierta alguna vez las circunstancias, haciendo notar que el sabio que inventa ensaya la teoría que previamente ha formulado. Antes de que le hable la realidad su inteligencia le indica el camino. Se ve, pues, que en cada caso el método ha de ser activo para los aprendizajes que importan adiestramiento, pero intelectualista, lógico y teórico para el conocimiento que precede y supera y engendra la práctica. El programa educativo ha de ser elástico, para seguir la índole de cada disciplina y el método que nuestra naturaleza emplea frente a las distintas ramas del conocimiento. En cada momento lo objetivo debe ser puesto en su sitio, para evitar sus intromisiones en los órdenes superiores de la conciencia. También, y desde el punto de vista pedagógico, no habrá más remedio que aprovechar las inclinaciones naturales del niño; algunos necesitan la explicación objetiva; otros, más ágiles, repugnan más bien toda objetivación de la idea y brincando sobre la práctica se establecen en la teoría. ¡Temperamentos de razonadores o temperamentos poetas! Someterlos a las exigencias de «la escuela de la acción» y al filosofismo de los pragmatistas equivale a sevicia mental, aparte de que viola y lleva al ridículo el método científico.

Reservemos, pues, para las horas del taller y la práctica el criterio pragmático y apliquemos criterio intelectualista cuando se trate de estudiar la razón en sus funciones de lógica. Escuela activa en lo que se refiere al trabajo, escuela intelectualista en lo que se refiere al aprendizaje de la ciencia abstracta, escuela ética en lo que se refiere al conocimiento de los valores que entran bajo la segunda categoría de nuestra clasificación general. La historia natural, por otra parte, nos da el camino para llegar sin sobresalto al terreno nuevo de la ética, puesto que ya en biología observará el alumno al animal, y aun a la célula, moviéndose conforme a propósitos vagos, ejercitando un comportamiento emparentado con la voluntad que se ejercita en el hombre. Digamos, de paso, que en el estudio del comportamiento biológico la observación metódica es la mejor guía de la verdad. En vano aplicaríamos regla exterior a lo que lleva su propio impulso y es conveniente observar en su íntimo desarrollo. Con lo que se confirma que cada ciencia trae consigo la disciplina de su crecimiento y, por lo mismo, la pedagogía adecuada a su estudio.